



Y Jesús dijo...

EPISODIO 23 – ¿QUIENES VERÁN A DIOS?

Si en este momento alguien nos preguntara: "¿Te gustaría ver a Dios?", estoy segura de que la mayoría responderíamos inmediatamente: "¡Por supuesto que sí!" Pero entonces surge una pregunta aún más importante: ¿Basta con desear verlo, o existe una condición para tener ese privilegio? En el episodio de hoy continuaremos estudiando la sexta bienaventuranza pronunciada por nuestro Señor Jesucristo, una enseñanza que responde con claridad a estas preguntas y nos revela la clase de corazón que agrada a Dios. Te invito a que me acompañes con tu Biblia al Evangelio de **Mateo 5:8, donde Jesús dijo: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios."**

Antes de continuar, quisiera aclarar que en la Biblia cuando se refiere al corazón no se refiere al órgano físico, en realidad está hablando de la mente del ser humano, este término se emplea de manera metafórica para representar nuestro ser interior, va más allá de las emociones y los sentimientos, es allí donde nacen nuestros pensamientos, nuestras decisiones, nuestras motivaciones y nuestra voluntad.

Los líderes religiosos de aquella época habían puesto su atención en lo externo, en las apariencias, en cumplir con un conjunto de leyes y tradiciones, descuidando lo más importante: el estado del corazón. Poco les interesaba cómo estaba la comunión de las personas con Dios o si los sacrificios que presentaban eran el reflejo de un corazón verdaderamente arrepentido y deseoso de agradarle.

Pensar de esta manera es un grave error, porque Dios no mira las apariencias; Él siempre mira el corazón. Nada de lo que hay en nuestro interior puede esconderse de Sus ojos. Por eso, cuando Jesucristo declara: **"Bienaventurados los de limpio corazón"**, nos está enseñando que verdaderamente felices y dichosos son aquellos cuyo interior ha sido transformado por Dios. Un corazón limpio se caracteriza por la sinceridad, la integridad, la honestidad y la transparencia. Es un corazón libre de hipocresía, de engaño y de doblez, que procura vivir de una manera irreprochable delante del Señor.

A lo largo de la Palabra de Dios se ha enfatizado la importancia de guardar y cuidar nuestro corazón. En el primer libro de la Biblia en **Génesis 6:5** leemos que el diluvio fue enviado porque la maldad se había multiplicado en la tierra y los pensamientos del corazón del hombre estaban continuamente inclinados hacia el mal. Más adelante, en **I Samuel 16:7**, cuando Dios envió al profeta Samuel a ungir al nuevo rey de Israel, le enseñó una verdad que sigue vigente hasta nuestros días: el ser humano mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón. David no fue escogido por su aspecto físico, sino por lo que había en su interior. De la misma manera, **Proverbios 4:23** nos exhorta: "Sobre toda cosa guardada,

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

guarda tu corazón, porque de él mana la vida." No es una recomendación cualquiera; es un mandato que revela la enorme importancia de cuidar nuestro interior.

Jesús mismo confirmó esta verdad al enseñar que del corazón proceden los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, la inmoralidad sexual, los robos, los falsos testimonios, las calumnias y toda clase de maldad. En otras palabras, el pecado no comienza cuando se lleva a cabo una acción, sino mucho antes, cuando se alimenta un pensamiento en la mente y se le permite echar raíces en el corazón.

Por eso debemos ser diligentes en cuidar lo que permitimos entrar en nuestra mente, porque nuestros pensamientos moldean nuestras decisiones, nuestras decisiones forman nuestro carácter y nuestro carácter determina la manera en que vivimos delante de Dios. Un corazón guardado por el Señor será también una vida que refleje cada vez más el carácter de Cristo.

Si comprendemos cuán importante es para Dios que nuestro corazón permanezca limpio, entonces debe surgir en nosotros el deseo urgente de permitir que Él transforme nuestro interior cada día.

Así como el oro debe pasar por el fuego para ser refinado y quedar libre de toda impureza, nosotros también necesitamos ser purificados continuamente por el Señor.

Imaginemos un vidrio cubierto de polvo y suciedad. Aunque al otro lado haya un hermoso paisaje, la suciedad impide verlo con claridad. Algo semejante ocurre en nuestra vida espiritual. El pecado, el orgullo, el egocentrismo, la incredulidad, el resentimiento, el odio y toda clase de impureza nublan nuestra visión y nos impiden percibir con claridad la obra de Dios.

Es importante aclarar que alcanzar un corazón puro no es algo que podamos lograr con nuestras propias fuerzas. Ningún esfuerzo humano es suficiente para limpiar el interior del hombre. Solo Dios puede hacer esa obra en nosotros por medio del Espíritu Santo.

Por eso debemos rendirnos cada día a Su dirección, permitiendo que el Espíritu Santo gobierne nuestra vida, transforme nuestro carácter y nos conceda la sabiduría necesaria para discernir qué debemos permitir entrar en nuestra mente y qué debemos rechazar. Él nos ayuda a reconocer aquello que edifica nuestra vida espiritual y aquello que contamina nuestro corazón.

Otra ayuda con la que contamos es la Palabra de Dios. Ella tiene el poder de limpiar nuestro interior, corregir nuestros pensamientos y renovar nuestra manera de vivir. Por eso es tan importante permanecer en ella diariamente, leerla, meditar en ella, memorizarla y, sobre todo, obedecerla. No basta con conocer las Escrituras; es necesario permitir que ellas transformen nuestra vida.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Jesús mismo afirmó en el evangelio de **Juan 15:3**: "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado." La Palabra de Dios actúa como un agente purificador que va limpiando nuestro corazón a medida que la recibimos con fe y la ponemos en práctica.

Y, por último, pero no menos importante, está la oración. Debemos pedirle constantemente al Señor que examine nuestro corazón, que revele cualquier área que necesite ser transformada y que nos ayude a conservar un corazón limpio delante de Él. Que nunca permita que nos alejemos de Su presencia y que nos conceda la gracia de permanecer cada día más cerca de Él.

Cuando vamos al cardiólogo, nos ordenan exámenes con el fin de determinar si tenemos un corazón sano o enfermo. De la misma manera, espiritualmente deberíamos preguntarnos: ¿cómo está nuestro corazón en este momento? Solo que, en lugar de ir al cardiólogo, vamos directamente al Señor para que sea Él quien lo examine, así como lo hizo David cuando escribió en el **Salmo 26:2**: "Escudríñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón". Si después de escudriñarlo el Señor nos revela que nuestro corazón no está limpio, sino contaminado por pensamientos de maldad, venganza, falta de perdón o engaño, inevitablemente eso nos separará o nos distanciará de nuestro Señor.

En ese momento debemos caer de rodillas y pedirle al Señor que cambie nuestro corazón y nos dé un corazón nuevo. Hemos de rogar y suplicar a Dios tal como lo hizo David después de pecar contra Él: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (**Salmo 51:10**). Ten por seguro, querido amigo o querida amiga que me escuchas, que cuando hay un verdadero arrepentimiento, esta oración sube hasta el trono de Dios y será una oración contestada.

La recompensa de esta bienaventuranza es maravillosa, porque responde al anhelo más profundo del corazón del creyente: ver a Dios, contemplar Su hermosura y disfrutar de una comunión íntima con Él. Esta promesa tendrá su cumplimiento pleno cuando Cristo regrese y estemos con Él por toda la eternidad, contemplando Su gloria cara a cara. Sin embargo, sus bendiciones comienzan a experimentarse desde ahora. Quienes tienen un corazón limpio disfrutan de una comunión íntima con el Señor, perciben Su dirección, experimentan Su paz y encuentran gozo en Su presencia.

Cuanto más nos apartamos del pecado y más buscamos a Dios con un corazón sincero, más profunda se vuelve nuestra comunión con Él. Aunque hoy no lo vemos con nuestros ojos físicos, sí podemos conocerlo, experimentar Su presencia y contemplar Su obra en nuestras vidas. Y un día, por Su gracia, esa comunión imperfecta dará paso a la mayor de las alegrías: verlo cara a cara y permanecer para siempre en Su presencia.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Queridos oyentes, pidámosle al Señor que guarde nuestro corazón y nuestra mente, y que nos conceda la sabiduría para discernir qué permitimos entrar en nuestra vida: qué vemos, qué escuchamos, qué leemos, qué conversaciones sostenemos y qué pensamientos decidimos alimentar.

Que Él ponga en nosotros un profundo amor por Su Palabra y el deseo de meditar en ella de día y de noche, para que transforme nuestro corazón, renueve nuestra manera de pensar y guíe cada uno de nuestros pasos y decisiones. Sólo así podremos vivir con un corazón limpio que refleje el carácter de Cristo y disfrute de una comunión cada vez más profunda con Él.

Hemos llegado al final de este episodio. Apóyanos compartiendo esta enseñanza con los que el Señor ponga en tú corazón. La bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo esté contigo y con tú hermosa familia. Suscríbete en nuestro canal de YouTube y visita nuestra página web: www.yjesusdijo.com allí podrás descargar todas nuestras enseñanzas. Recuerda: ¡Si Dios está contigo...es suficiente! Bendiciones.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." **Juan 6: 68-69**